

XVI

UN GRAN CÓMICO

Como quiera que el arquitecto del Hotel de los Villanueva-Marsan hubo de dar idéntica distribución á las alas derecha é izquierda del primer piso, la cámara del gran marqués daba frente, como es natural, á la de su esposa; y aun cuando separada de ésta por todo lo ancho del cuerpo del edificio, su disposición era la misma, con la única diferencia de encontrarse aquí á la izquierda lo que allá se encontraba á la derecha.

La simetría arquitectural del exterior y del interior, llevaba aparejada, casi necesariamente, la paridad en la ornamentación y en el mueblaje de las habitaciones.

Sin las armas de guerra que decoraban tres de los lienzos de pared de la cámara del señor de Villanueva, hubiera podido creer el que entraba en esta hallarse aún en la de la marquesa, porque la tapicería que cubría el otro lienzo, entre la ventana que miraba á la gradinata y la puerta recayente á la antecámara de los pajes era

otra reproducción de la caza de San Huberto, con arreglo á los dibujos del Primaticio, en la que el santo aparecía figurado con el semblante del marqués.

Pocas horas hacía que éste reintegrara al fin su domicilio, y ya todo lo que amueblaba ó adornaba aquel retiro austero, presentaba síntomas de un trastorno general.

El lecho aparecía en desorden, y sus ropas arrastrando por el suelo. Veíanse sobre la mesa los restos de un festín, sin duda copiosamente rociado á juzgar por las botellas tiradas bajo los muebles y las manchas de vino impresas en el mantel.

Todo aparecía en desorden en aquel cuarto en el que, sin embargo, el señor de Villanueva había recibido más de una visita, según la vieja Francisca hubo de decir á su señora. La última de dichas visitas habíase prolongado hasta el momento en que miss Huming solicitó de la marquesa, de parte de su esposo, que se dignara recibirlo.

Abramos aquí un paréntesis para explicar de qué modo Gaultfarault, exrey de Thunes é improvisado marqués, pensaba cuidarse de sus propios intereses, sin que le preocupasen poco ni mucho la obediencia debida á las órdenes de Catalina de Médecis su protectora.

Lo encontramos arrellanado en un sillón, entreabierto el cuello de la camisa, las piernas apoyadas en otra silla cuyo asiento de lana destrozan las espuelas de que están armadas las botas del flamante gentilhomme, y mirando con despecho á Gaspar Mouvette, su último visitante, con quien conversa.

— Permitid que os diga, amigo Gaspar, — exclama ahogando con pena un colosal bostezo, — que me aburro aquí de modo extraordinario. Claro que ya es algo eso de poder remojar el gznate como me venga en gana; pero no es todo, ¡qué diablo! ¿No podrías hacer venir para distraerme, algunos de los más conspicuos ciudadanos de mi corte de los milagros, á Fargás por ejemplo, y á Cuello azul, con Margarita y la Tetona? Siquiera al *Tuetanos*, por más de que ése no sabe presentarse; pero ¡es tan divertido!

— Dejémonos de tonterías, — dijo el polizonte, — para no acordarnos más que de lo convenido. Estáis aquí no para distraeros, sino para servir á la muy alta y poderosa señora...

El marqués soltó una ruidosa carcajada.

— ¿Yo? — dijo con pena, por efecto de su ataque de hilaridad. — ¿Yo al servicio de esa momia extranjera? Quitaos semejante idea de la cabeza, amigo Gaspar, y procurad acomodar en su sitio esta otra; si yo consiento en ocuparme incidentalmente de los asuntos de los demás, será por pura condescendencia de mi parte, no por otra cosa. Conque hablemos de mí si os place, y que espere la vieja.

— ¿La vieja? — repitió el oficial de policía indignado como si recibiese él el insulto. — Reflexiona que la paciencia tiene sus límites, bergante, y que puedes recibir una tanda de palos como contestación á tus ultrajes.

Contra lo que era de esperar, el gran marqués no se inmutó, limitándose á golpear sobre un timbre mientras decía :

— Puesto que así lo deseas, Gaspar, llamemos al apaleador.

En este momento se abrió la puerta del fondo, apareciendo en el hueco de la misma un hombre joven, de vigorosa musculatura.

En él reconoció el polizonte, — por lo que de los servidores de la casa habíale dicho miss Huming, — á Gualberto Peiragude. El marqués se frotó las manos.

— Aquí tenemos, — dijo cruzando sus piernas y llevándose en las espuelas los hilachos del asiento en que las apoyara, — á Gualberto Peiragude; nombre extraño á fe mía. Vamos á ver Gualberto, ¿sabrías cumplir concienzudamente con tu misión, si me ocurriese el capricho de ordenarte que apalearas á un insolente?

Gualberto arremangó su jubón descubriendo un antebrazo sembrado de nervios que parecían cuerdas, y contestó sonriente :

— Con estas armas me bastaría, señor, para obedeceros.

— Bien, amigo mío. Quédate paseando ahí fuera, en el corredor, por si te necesito.

Luego, cuando Gualberto se hubo retirado, el falso marqués continuó diciendo :

— Como veis, señor oficial, no es que digamos conveniente eso de perder el respeto á un hombre de mi casta. Una nueva palabra inconveniente, un ademán de insolencia, y llamo otra vez al apaleador.

Las venas de la frente de Gaspar Mouvette parecían prontas á estallar : su boca espumeaba de cólera mal contenida. Sin darse por vencido trató de conservar su autoridad.

— ¿Es acaso, — dijo — que te crees un verdadero gentilhombre?

— ¡Vaya! Pero ante todo, nada de familiaridades, señor polizonte. Conste que hiciste mal en dirigirte á un personaje de mis campanillas si deseabas encontrar en él la obediencia cómplice de que necesita tu soberana para llevar a buen término algunas de sus pérfidas maquinaciones. ¡Debiste razonar, imbécil! ¿Ha hecho ó no del mismo fango el débe de los débés la cabeza de un marqués y la mía? Sí, ¿verdad? Pues pensando en ello debiste decirte que el marqués auténtico no ha sabido hacer otra cosa que dejarse caer estúpidamente desde el pináculo de los favores y de la fortuna en el que vió la luz, hasta la sombra de un calabozo en el que ha perecido miserablemente, mientras que el falso marqués por el contrario, embrión sin familia, germen del azar que el viento de tempestad fecunda, ha cabalgado hábilmente la vida, la ha domado, y sin tropezar una vez siquiera ha llegado al fin hasta la cumbre, hasta el pináculo abandonado por el otro... Si así hubieras razonado habrías deducido que yo soy muy superior al otro marqués y *á fortiori*, más difícil de engañar que él.

El polizonte no había reflexionado en efecto lo que con cierta lógica exponíale su interlocutor; pero mientras éste hablaba, decíase en su fuero interno:

— ¡Cuán distintos los modales del prisionero de Vincennes! Tal vez habría sido posible entenderse con él mejor que con este filosofastro repugnante... ¿Habremos dejado lo cierto por lo dudoso?

— En fin, — continuó el marqués — sea como fuere y teniendo en cuenta que entre vuestra patrona y yo existe una especie de pacto convenido de poder á poder no tendré inconveniente, cuando me hayáis prestado algunos servicios, en haceros ciertas conceciones...

— ¿Obedeciendo?... quiso decir Gaspar Mouvette.

— ¡Eso jamás! replicó el gran señor altanero. — Y os prohibo de la manera más terminante emplear ante mí esa palabra. Sabed, pues es preciso que os lo diga, que hasta la hora presente sólo un amo ha sabido hacerse obedecer por mí...

— ¡Ah! Y ese amo es...

— ¡Silencio, mentecato! Esperad para hablar á que yo os interrogue. ¡Ese amo soy yo mismo! Decíamos pues, que vais á procurarme la visita de algunos de mis súbditos y súbditas de la Corte de los milagros para que animen con su compañía este purgatorio tan aburrido. En cambio, y esto ya es una concesión de mi parte, yo os permitiré presentarme al desesperado que piensa suicidarse casándose con mi hija...

— ¿Presentaros al duque de Saboya-Nemours? — preguntó Mouvette estupefacto. — ¿Estáis en vuestro juicio?

— ¡Ya lo creo, faquin! Pues qué, ¿soy yo acaso, el padre, quien debe molestarse?

— Gaultfarault, — comenzó á decir el polizonte cruzándose de brazos.

Pero no pudo acabar. El gran marqués abandonando su muelle postura acababa de ponerse en pie.

— ¿Gaultfarault? — repitió haciéndose el sorpren-

dido. — He ahí un nombre grotesco que me parece que no me es del todo desconocido.

— ¡ Reflexionad que os perdéis procediendo de ese modo! — aconsejó el policía.

— ¡ Bah! Si mi presencia aquí ya no agrada, y si resulta demasiado caro aceptarla tal como yo la impongo, rompamos de una vez, ¡ por los cuernos del diablo! rompamos enseguida. Aquí jugamos al ganapierde. Quedaos en buen hora con vuestro marquesado y devolvedme mi reino.

Gaspar Mouvette quiso protestar.

— Por lo visto, — dijo sonriendo el marqués — no ha llegado aún ese caso. Como necesitáis á toda costa un Villanueva-Marsan presentable, claro es que si yo me fuera os veríais apuradillos... Bueno, pues me quedaré por no daros un disgusto; pero eso sí, procuraré obrar de modo que necesitéis siempre de mí y esto por mi propia seguridad, pues me consta que el día que ya no os sea útil, ni la italiana ni vos vacilaréis en suprimirme, y eso es lo que se trata de evitar. Y ahora ya hemos hablado bastante, amigo Gaspar. Tiempo es ya de que me ocupe un poco de las nobles y resignadas criaturas cuyo recuerdo me confortó y sostuvo durante los largos años de mi cautiverio.

Un ademán de Gaultfarault fué causa de que Mouvette se pusiera de un salto detrás de la mesa, temeroso tal vez de una agresión.

Y el marqués comprendió que si el polizonte tenía miedo era porque habíale visto dar un puñetazo sobre el timbre.

— Tranquilizaos; — le dijo con burlesca bondad. — No ha llegado aún el momento de la paliza; si llamo es para otra cosa.

Viendo entrar al más joven de los Peiragude, añadió:

— ¡ Que me vistan! Y que vaya alguien á preguntar á la señora marquesa si consiente en recibir á su infortunado esposo.

.....

El lector debe recordar seguramente que, luego de presenciar la cómica escena ocurrida en el parque entre la vieja Francisca y un perro culpable del delito de haber robado á la primera el magnífico gigote dispuesto para la cena del señor marqués, la marquesa Maria habíase permitido incurrir en una mentira, asegurando á la anciana servidora no haber visto en el jardín al perro ladrón.

Momentos después, y ya en su habitación, recostada cerca del reclinatorio y la frente hundida entre las manos, la noble dama reflexionaba procurando establecer una relación entre el incidente del perro y el ruido misterioso por ella oído pocos momentos antes, así como también entre dicho ruido, la aparición del extranjero entrevisto en el parque y la tardía demanda de audiencia hecha por miss Huming en nombre del gran marqués.

Y no acertaba á comprender. No conseguía ver claro en la confusión inmensa que producíase en su corazón y en su cerebro.

Solange respetaba el silencio de su madre, adivi-

nando su turbación, aunque sin comprender, sin explicarse la causa de la misma; poco á poco dejó de pensar en ello para dedicarse á recordar al hermoso adversario de Bernardo de Arma, al duelista en obsequio del cual lanzara un grito que, en concepto de la joven, habíale salvado la vida.

— Hija mía, — dijo de pronto la marquesa, — va á sonar la hora de la lucha suprema.

La muchacha no comprendía.

— ¿La hora suprema? — repitió medrosa. — ¿Acaso la visita inminente de mi padre os hace suponer...

— Tú no sabes, pobre niña, tú no puedes comprender... Todo cuanto nos sucede desde esta mañana debería llenarme de felicidad, ¿no es así? Eso te dices tú, y no comprendes mi angustia porque ignoras que la duda me aplasta, me trastorna... Escucha: Hace un momento me has oído negar la verdad, y tu candor, tu ignorancia han debido condenarme por eso... Porque no debe mentirse nunca, Solange; porque mentir es ofender á Dios... Y sin embargo, yo he cometido ese pecado, no por olvido, sino deliberadamente, con la intención de salvar á aquel á quien debemos amar en el mundo por encima de todo y de todos. La bondad divina me perdonará en gracia de mi intención... Yo no sé si sueño, hija mía, pero si así es, cree que este sueño es mucho más horrible que la pesadilla de los últimos diez años... Porque ayer sabía yo á mi dueño y señor encerrado en Vincennes bajo la salvaguardia del honor del rey, y hoy... ¡no sé dónde está, no lo sé, no lo sé!

— ¿Dónde ha de estar? dijo Solange entre extrañada

y temerosa. — Aquí, con nosotras; ahora mismo le veréis pues que viene á saludaros.

La marquesa se estremecía repitiendo:

— No lo sé, Ange, no lo sé. La tortura humana tiene sus límites... Nada de particular tendría que la desesperación me mate... Pero en ningún caso, suceda lo que quiera, no dudes de mí, hija mía; no hay crimen comparable al que comete el hijo que duda de su madre.

Dejóse oír en esto en la antecámara una voz varonil que decía:

— Dejadme ya, Gualberto, amigo mío; en el instante en que voy á ver de nuevo á la admirable compañera de mi vida, tras tantos años de forzada ausencia, se impone el recogimiento, como en la hora de la comunión.

La frente de la marquesa se humedeció con el sudor de la angustia, y sus dedos se incrustaron en el hombro de su hija, mientras que miraba desesperadamente hacia la puerta con asombro de Solange quien la oía murmurar:

— ¡Madre de los dolores, sostenedme, aconsejadme! Solange preguntó:

— ¿Reconocéis, señora, la voz de mi padre, como reconocisteis esta mañana su semblante?

Y la marquesa dijo, casi suspirando:

— La única voz que debes reconocer y oír es la de tu corazón; los ojos pueden engañarnos y mentirnos los oídos. Solo el corazón es clarividente y sincero.

La puerta se abrió en aquel instante, cerrándose luego enseguida. Jacobo de Villanueva, bien vestido,

perfumado, permaneció un segundo inmóvil, en el umbral. El flamante marqués sabía preparar su efecto.

María esperaba emocionadísima, sin poder ver por efecto de las lágrimas que temblaban en el borde de sus pestañas; pero Solange no se hallaba combatida por iguales sentimientos y su primera impresión fué de orgullo en presencia del recién llegado, de su padre á quien veía tal y como se lo imaginara por las confianzas de la marquesa : hermoso, altivo, un noble caballero.

Cuanto al señor de Villanueva, las manos unidas en el lado izquierdo del pecho, agitaba los labios, que debían balbucear una plegaria de gratitud.

Afortunadamente para ellas, ni la marquesa ni Solange le oían.

— ¡Por los cuernos del diablo! — decía para sus adentros el noble señor. — Ese belitre de Mouvette no me había dicho nada de esto... Mi mujer es apetitosa de veras, con curvas admirables... Podremos amarnos sin dificultad. Pero ¡cuerpo de Baco! á la pequeña es á la que yo amaría como un bestia si no fuera mi hija. ¡Qué lástima! ¡Que lástima que no pueda tragarme tal bocado, que será para mi yerno! Es de suponer que el tal yerno no se aburrirá con ella. ¡Vaya unos ojos, y vaya un talle!

Claro es que la mirada del marqués no denunciaba ninguna de sus extravagantes reflexiones; antes al contrario, parecía fiel espejo de la más profunda ternura.

Para los otros dos actores en la escena que descri-

bimos, dicha mirada, por un fenómeno que se comprenderá sin dificultad, hablaba un lenguaje más impresionante que los más elocuentes discursos. Por eso, cuando el marqués abrió en fin sus brazos, Solange, con espontáneo movimiento, corrió á precipitarse en ellos.

El buen gentilhomme la estrechó contra su pecho, besándola en ambas mejillas con verdadera compunción.

Luego, alejando suavemente á su hija, convirtió la mirada melancólica y dulce hacia la madre.

Ésta no había hecho el menor movimiento; parecía una estatua; pero una estatua viva, encarnación de la duda y del dolor, porque su seno agitábase tumultuosamente, y repetidos movimientos nerviosos alteraban la palidez mate de su semblante.

Penoso era en verdad el espectáculo de aquella mujer combatida por el desacuerdo de sus más íntimos sentimientos. María hubiera en efecto deseado reconocer su marido en el que á ella se presentaba como tal; ofrecerle sus labios, renovarle la confesión de su amor... Pero no podía; una repulsión invencible, mezcla de incertidumbres y de sospechas, mantenía la clavada en su sitio, paralizando no sólo sus miembros, sino hasta los latidos de su corazón.

La postración que afectaba el gran marqués era digna de ser vista.

— María, — dijo con voz en que había no poco de punzante amargura, — ¿he de pensar que Dios ha querido probarme aún más que Catalina? Diez años de

prisión han blanqueado mis cabellos, es verdad; pero he ido envejeciendo solo por fuera; mi corazón se ha conservado joven y vibrante, porque vivía de la esperanza de ver lucir esta alba radiosa...

La metáfora era un tanto atrevida porque precisamente en aquel momento declinaba el día. El marqués continuó:

— La muerte me sería menos cruel que vuestra indiferencia.

A través de la bruma húmeda que velaba los ojos de la marquesa quiso abrirse paso una sonrisa que no pudo rizar sus labios inmóviles. El nombre de María, que el marqués había dado, podía hacerla vibrar pero no desvanecer sus dudas.

— Por Marte, patrón de Marsan, os juro — dijo seriamente el señor de Villanueva frotándose una ceja — que en mis eternos sueños de Vincennes, cuando soñaba despierto, jamás pude imaginarme que me estaba reservada una recepción como ésta.

La pobre mujer tendió sus manos enlazadas hacia la tapicería en medio á la cual destacaba la figura del San Huberto modificado, y abrió en fin los labios para pronunciar estas palabras:

— ¡ Señor, Señor! ¿ Es que no veis lo que sufro?... Una palabra, una tan sólo bastaría para calmar mis angustias, para despejar mi fiebre; ¡ decidla! ¡ Pronunciad esa palabra, por favor! Mi Jacobo no me habría hecho esperar tanto... ¡ Si vos sois Jacobo, hablad!...

Algo como una nube oscura pasó por la frente de Solange al oír estas palabras, agolpándose en ella de

pronto las semiconfidencias de su madre a propósito de esta entrevista deseada y temida al mismo tiempo. Dió un paso atrás y miró á su padre con terror naciente.

— Si yo soy Jacobo... La verdad, estaba preparado á todo... nuestra divisa, María, menos á lo que me sucede.

— Lo ha dicho, — pensó María — luego es él.

El marqués continuaba como si tal cosa:

— Volved en vos, señora. Considerad que discutimos en presencia de una desgraciada niña, nuestra hija única...

— ¡ Única! — volvió á pensar la marquesa. — Ha dicho única, luego no es él. Jacobo no hubiera pronunciado esa palabra. ¡ Cómo había él de olvidarse de Genoveva, la pobrecita desaparecida, en un día como este!

Digamos aquí que aun cuando miss Huming y Gaspar Mouvette se asociaron para enterar al nuevo huésped del Hotel de la Villanueva acerca de lo que debía saber para el mejor desempeño del papel que le estaba asignado, le fué imposible hablarle de la hermana gemela de Solange, porque ellos mismos ignoraban la existencia de ésta. Nadie hablaba de ella en el Hotel por no reavivar el dolor de los padres.

— Señora, prosiguió el marqués — nosotros, descendientes de noble estirpe, conocemos y practicamos la longanimidad y sabemos ungir las heridas que un arma extraña ha podido hacer...

La marquesa continuaba pensando:

— Jacobo en este caso obraría : este no hace más que hablar... luego no es él.

Y su mirada seguía obstinadamente, ferozmente clavada en el suelo.

— Paréceme adivinar lo que nos separa ; dijo él. — Un viejo llega al palacio de donde salió un joven, y vaciláis en reconocer en el infeliz escapado de la tumba al brillante caballero á quien tuvisteis á bien confiar el encargo de haceros dichosa... Sea pues como queráis. Para reconquistaros, haré cuantos sacrificios sea preciso, sin que ninguno me sea penoso. Soy yo, y no vos quien debe sufrir. Sin embargo, permitidme antes que intente desvanecer vuestras sospechas injuriosas, acumulando las pruebas de mi identidad, es decir, recordándoos algunas frases cambiadas en nuestras intimas entrevistas.

Solange se enjugó los ojos.

— ¡ Mucho os ama mi padre, señora! — murmuró al oído de María.

El marqués había ganado á medias la batalla. Así lo comprendió al oír las palabras de su hija. Sin embargo no quiso hacer de ellas un argumento en su favor, y guiado por sus recuerdos habló de Jacobo de Armañac su compañero, su hermano de armas, sacó á colación á los dos de Entragues repitiendo confidencias de Blanca de Armañac y de Verbena de Nattier, las dos amigas de María, para terminar reproduciendo en voz baja ciertas frases de Catalina de Médicis y de su perfumista René, con todo lo cual consiguió acaparar la atención de la marquesa.

Poco á poco fueron distendiéndose los contraídos músculos de la pobre mujer, su ojos se secaron, y ligerísima tinta sonrosada animó la palidez de sus mejillas. La negra sospecha que la atenazaba desde algunas horas antes disipábase progresivamente, empujada, acorralada, vencida por las pruebas acumuladas por el marqués en el decurso de su peroración *pro domo*.

¿ Cómo un extraño hubiera podido conocer algunos de aquellos detalles íntimos?

Imposible. Las quimeras del miedo habitan las tinieblas, pero una vez hecha la luz, desaparecen.

Y la luz se había hecho en el espíritu de la marquesa.

Con gran alegría de su hija, quien no había cesado de dirigir al cielo una ardiente invocación, María de Villanueva-Marsan, vencida al fin, se dejó caer á los pies de su magnánimo esposo exclamando :

— ¡ Gracia, señor! Haced remisión de mi conducta; ¡ estaba loca! Roconozco en vos á mi Jacobo, á mi dueño y señor bien amado...

El bien amado señor se dejó besar una mano no completamente limpia aún de las huellas de la truhanería no obstante repetidos y enérgicos fregados y la profusión de aromas. En ello no veía la marquesa sino una prueba más del martirio sufrido por el noble prisionero. Un desgraciado cautivo no dispone de las facilidades necesarias para el buen entretenimiento de sus uñas.

Su victoria había inspirado al marqués esta reflexión.

— ¡Ya era tiempo, cuernos del diablo! Esta buena mujer me ha hecho sudar de angustia. ¡Vaya una insistencia comprometedora la suya! Afortunadamente, se ha abstenido de pedirme detalles particulares que me hubieran puesto en un aprieto...

Pocos momentos después un curioso observador hubiera podido ver en aquel cuarto un cuadro de familia verdaderamente tierno: el gran marqués, sentado entre las dos mujeres, la cabeza de Solange apoyada en su hombro derecho y la de María cerca de su corazón, contábales, satisfecho, los incidentes de su vida de cautivo.

Considerándole sin duda al abrigo de nuevas persecuciones, la marquesa — con gran satisfacción del interesado — sonreía, pareciendo haber desechado hasta el recuerdo de sus dudas.

Y sin embargo, la señora de Villaneuva-Marsan habíase decidido á desembarazarse de sus repulsiones sin que entre las palabras de su esposo hubiese habido ninguna capaz de explicarle el misterio de problemas recientes que seguían insolubles. ¿Por qué había obrado así María?

No se sabe.

Lo único cierto é indudable es que ella sonreía, aunque á través de su sonrisa era fácil adivinar algo como una preocupación.

El marqués hablaba, es cierto, y ella sonreía; pero las palabras de él llegaban hasta los oídos de María, hiriéndolos, pero sin penetrar en ellos. La marquesa veía con los ojos del pensamiento al misterioso perro

gris recorriendo el parque y olfateándolo por todas partes; veíalo luego ocultarse en el pabellón oriental — el mismo a cuyas cavas conducía el corredor secreto, — después de haberse apoderado del gigote que debía servir de cena al marqués... Parecíale oír aún, resonando en sus oídos, el rumor, que habíase repetido tres veces, de una cerradura que alguien debía abrir tras de la puerta secreta...

En todo eso pensaba, y de inducción en inducción, llegó á decirse:

— El perro no estaba con él... y él no ha hablado del muro... ¿Para quién ha robado ese perro, y quién era el que estaba tras la tapicería?